

sin frío, sin viento, al contrario de lo que ocurriría en Madrid, Nueva York o Berlín.

UNO ES COMO ES Retrato de John Epstein

José Luis Gallero

Todo europeo que viaje a Estados Unidos no se preocupa por cualquier pensamiento de mi vida, no busca abstracciones. Por mi parte, he estado lo bastante en Europa como para no hacerme ningún tipo de ilusiones sobre cómo se vive allí.

En alguna medida, me apasiona Europa. En especial, la fuerza de sus gentes. Pero me pregunto por qué no llevan una vida más relajada. Mi mejor amigo es un médico a quien conocí hace siete años cuando daba sus clases en la Universidad de Santa Bárbara. Vive en Santa

Conocí California muy tarde —a los 35 años—, y me impresionó. En cierto sentido, era como un sueño. Antes de llegar a Los Ángeles, viví cuatro años en Santa Bárbara, cinco en Taos (Nuevo México) y seis en Nueva York —los cinco primeros trabajando como relaciones públicas de Leonard Bernstein, y el sexto escribiendo una novela.

En la preciosa y tranquila localidad de Santa Bárbara, gozaba de una buena situación. Desde allí —a sólo dos horas de distancia—, Los Ángeles aparecía como un mundo salvaje. El miedo que me inspiraba la idea de mudarme formaba parte de su atractivo. Es decir, vine para ponerme a prueba.

Mi padre acababa de morir, y recibí una pequeña herencia. Vendí mi casa de Santa Bárbara. Había decidido dejar de trabajar a la edad de 43 años.

El título de mi novela —*La Balsa de la Medusa*— estaba inspirado en la historia de la balsa que se hundió en el océano en 1901. El autor de la novela es José Luis Gallero (1954) y el libro se publicó en 1989. El libro se publicó en la editorial de la Universidad de California, Santa Bárbara.

La Balsa de la Medusa, 41-42, 1997.

2

En Los Ángeles, el automóvil se convierte en una extensión de ti mismo. Se trata de una ciudad concebida para la visión desde el coche. Ello te sumerge en un espacio-tiempo distinto, en una corriente alterna de proximidad y distancia.

Nací en Houston, lo cual es una ventaja en ese aspecto. Conduje mi propio coche –regalo de mi padre– a los catorce años, que era entonces la edad legal en Texas. Pero la verdad es que nunca alcancé el supuesto grado de identificación que une al ciudadano norteamericano con su automóvil. Mi padre arruinó ese sentimiento. Era un abogado, muy consciente de lo que significa tener un coche, como era muy consciente de todo en la vida. Un coche puede resultar un arma poderosa, puede sufrir averías, puede matar. Y quizá puede aislarte también del resto de la gente, aunque eso no me preocupa.

En este momento de mi vida, no busco el intercambio.

3

Mi mejor amigo es un músico a quien conocí hace siete años, cuando daba sus clases en la Universidad de Santa Bárbara. Vive en Silver Lake. Nació en Pennsylvania. Es un hombre de buen corazón.

No me gusta pasar el rato con gente. No he tenido hermanos, ni una familia que se relacionase mucho.

Sólo siento que pertenezco a mí mismo.

4

Lo fascinante de esta ciudad es que funciona a múltiples niveles. Posee una métrica estupenda. Orientarse en ella resulta tan fácil como escoger un menú en el ordenador. Puedes disfrutar de una cena o de un concierto, sin esperas, sin prisas, sin aglomeraciones,

José Luis Gallero (1954) es miembro de la Compañía Poética Momentánea (CPM). Autor de *Antología de poetas suicidas* (Fugaz, 1989) y *Sólo se vive una vez* (Ardora, 1991).

sin frío, sin viento, al contrario de lo que ocurriría en Madrid, Nueva York o Berlín.

Desde que me di cuenta de que un día tendría que enfrentarme a la vejez, me pareció que Los Ángeles era un sueño.

Está claro que algunas personas no hablarían del modo en que yo lo hago, sino que describirían la vida aquí como algo extremadamente frenético. Son gente que va de un lado a otro, comunicándose por teléfono mientras conduce. Gente que tiene varias secretarías y una película en rodaje que se sale de presupuesto. Y el tiempo se les escapa, y Meryl Streep va a venir a cenar...

5

Todo europeo que viaje a Estados Unidos abandona de inmediato cualquier pensamiento acerca de la superioridad de la cultura europea. Por mi parte, he estado lo bastante en Europa como para no hacerme ningún tipo de ilusiones sobre cómo se vive allí.

En alguna medida, me apasiona Europa. En especial, la fuerza de sus gentes. Pero me pregunto por qué no llevan una vida más relajada y fácil. Por qué no se las apañan como nosotros... Bueno, yo soy americano. Claro, que tampoco entiendo a la gente que vive en Nueva York.

La cultura norteamericana está desprovista de sentido de la tragedia. Tiene el encanto de Mickey Mouse. En el fondo, creo que soy una persona muy seria, y me gusta esa manera europea –tan seria– de aproximarse a la vida. Desearía no ser tan serio.

6

Mi aprendizaje del alemán tiene la compensación de hacerme percibir de forma más intensa el inglés. El idioma inglés es realmente mi primer amor.

El título de mi novela –*Países contagiosos*– estaba inspirado en el dramaturgo inglés Richard Sheridan, creador de un personaje llamado Mistress Malaprop. En inglés, *malapropism* se ha convertido en un término de uso habitual. Se refiere a alguien que utiliza erróneamente las palabras. No que hace juegos de palabras, sino que las emplea mal. Uno

de los *malapropisms* de Mistress Malaprop, fue decir «países contagiosos», en lugar de «países contiguos».

La novela trata de mi vida y mis viajes. Pero, sobre todo, de la continuidad de la influencia de las personas y de las ideas. Fue una experiencia muy extraña, porque nunca he podido soportar la perspectiva de tener que hacer algo. Creo que mi sistema nervioso se ha roto. Cualquier cosa me produce tal ansiedad, que me veo sin fuerzas de comprometerme a ello.

7

Quizá soy un niño mimado. O quizá asimilé demasiado bien la enseñanza zen... Pero no, el zen me proporcionó tan sólo una coartada.

En cualquier caso, no conocía California cuando escribí ese libro. No lo escribí para nadie, sino para mí mismo. Siempre pensé que sería capaz de construir una buena novela. La historia no estaba mal, pero el lenguaje me decepcionó. No resonaba, no brillaba, no hacía que la gente se quedase boquiabierta. Aunque mi visión era buena, no encontraba la manera adecuada de transmitirla. Y no estaba dispuesto a pasar el resto de mi vida corriendo tras ello.

Soy sólo lo que soy.

8

Si me preguntaran cuál es mi mayor deseo, no tendría ninguna duda en responder: poseer una mente genial.

No puedo saber qué haría con toda esa inteligencia, pero hay en mí una cierta impresión... Mi vida ha sido bastante interesante. Ser gay ha sido bastante interesante. Y ser guapo, también.

Uno es como es.

9

Sí, creo que me identifico con esa palabra. Tal vez se puede ser, simplemente, un «observador». Lo pequeño es maravilloso para quien se siente parte de ello.

El mensaje de Los Ángeles es: «Relájate». Aquí, es posible hallar una ciudad cosmopolita y confortable, una actividad amplia, una cultura dinámica, gente sugerente, todo cuanto puede ofrecerte el mundo. Y al mismo tiempo, la calma necesaria para no dejarte dominar por las presiones e intentar mantener una disposición creativa.

Esa mezcla de fuerza y suavidad, quizá se corresponde con la sensibilidad gay, si es que existe tal cosa. En el caso de que así fuera, partiría simultáneamente de sensaciones masculinas y femeninas. Es decir, de una idea fuerte de la suavidad. Los Ángeles es la ciudad de la fantasía. Y muchos de quienes crearon esa fantasía, eran gays, tanto hombres como mujeres.

10

Es notable la circunstancia de cómo la configuración física de la ciudad –su trama arquitectónica, su poderosa naturaleza geográfica: el océano, los desiertos, las montañas– afecta a lo que nosotros, los humanos inteligentes, llamamos comportamiento. El clima, por lo general, no es solamente bueno, sino un auténtico placer. Eso quiere decir que no tienes necesidad de hacer nada, salvo despertarte por la mañana y respirar. El clima te brinda el setenta por ciento de tu felicidad...

La amenaza del gran terremoto constituye, justamente, la manzana más deliciosa del Jardín del Edén. Los temblores son muy sensuales. Es difícil describirlo, pero lo son. El primero, me sorprendió en el coche. De repente, me pareció que algo no funcionaba, los pedales...

Siempre que te acompañe la suerte, un determinado porcentaje de riesgo suministra a la vida un poco más de atractivo.

11

Los Ángeles posee una fuerte imagen de sí misma. Es lo que hace de ella una ciudad cosmopolita. Los lugares así no tienen fronteras. O en todo caso, son fronteras que fluyen. No delimitan nada. No importa lo que haya al otro lado. Oriente, México, vienen hacia L. A. De lo que sufre, en todo caso, esta ciudad, es de ser demasiado engreída.

Y me parece que no estoy ayudando mucho a reparar esa actitud, aquí sentado, como una novia que se ruboriza: «¿De verdad soy tan bonita?».

Nueva York es igual. No piensa en las otras capitales. No piensa en la frontera. Es el distintivo de las grandes metrópolis.

12

Cuando era joven, creía en las generalizaciones a partir de la experiencia personal. Luego, empecé a diferenciar lo general de lo personal.

Para que el arte valga la pena, tiene que ser muy personal. Tiene que estar dirigido a ti mismo y a tu vecino. La realidad se encuentra en el entorno inmediato, y son los planos cortos los que mejor transmiten ese misterio que es la vida.

Finalmente, la historia no es un asunto de grandes ideas, sino de pequeños comentarios que se perpetúan de padres a hijos. De eso está hecha la historia. De una persona hablando a otra.

13

Nuestro futuro es color de rosa. Tan bueno, al menos, como el pasado.

En cuanto a mi lectura de la historia, no puedo ser demasiado optimista. Hay problemas muy profundos en las democracias. Quién sabe del futuro...

El futuro, verdaderamente, es si tu corazón continúa latiendo y tienes bastante vino.

Los Ángeles, 1996